LICHAI

IPARRAGUIRRE
EL BARDO VASCO AUTOR DEL "GUERNIKAKO ARBOLA"

MAÑANA, 15 de noviembre, precisamente, se cumplirán siete años que —por tipos extranjeros— se publicó el primer artículo de mi firma relacionado con la vida del bardo vascuense José María Iparraguirre.

Poco antes, una autoridad de las letras hispanas, Salaverría, tocayo del magnífico cantor a la vez que tocayo mío, acababa de sacar a luz una documentada vida del inspirado autor de los acentos —letra y música— del "Guernikako Arbola", armoniosos y solemnes acentos de un himno patriótico, original y férvido, loa y oración —todo en uno— al árbol simbólico de los fueros vascongados, secular reliquia de la sagrada villa vizcaína de Guernica.

*

En la biografía cuestionada, notábase a primera vista una solución de continuidad correspondiente a veinte años —casi— de la vida de Iparraguirre, y este lapso era una laguna muy respetable cuando la existencia del célebre cantor totalizó poco más de sesenta.

Encuadrados entre el Alfa y la Omega el nacimiento en Villarreal de Urruchúa, el 12 de agosto de 1820 y la muerte ocurrida en la villa de Gaviria, cerca de su cuna, el 6 de abril de 1881, los años de vida que llamaríamos en blanco extendíanse desde 1858 hasta 1878.

El resumen del itinerario terrestre de Iparraguirre se desarrollaba así:

Escolar, voluntario carlista en la primera guerra civil, varias veces herido. Emigrado al vencimiento del pretendiente Carlos V. Peregrinante por Francia, Suiza, Tirol e Italia. Exitos de cantor en París donde su modo de acometer La Marsellesa arrebataba al pueblo en días augurales de la revolución del 48. La policía bonapartista lo expulsa de Francia. En Londres. Retorna a España acogiéndose a indulto en 1852. Primeras canciones vascas. En Madrid su himno Guernikako Arbola le gana una notoriedad repentina y grande. A sus acentos se conmueve el alma de las provincias nativas. Alejado del país vasco bajo la imputación de separatista. 1854. Travesía por Asturias y Galicia llegando a Portugal. Obtiene permiso para volver a Vizcaya pero luego en el 56 decide emigrar.

Desde este momento el poeta se perdía para los biógrafos peninsulares. Escasos y pobres parecen haber sido los materiales de trabajo que tuvieron a su alcance y, a veces, hacía la impresión de que los mismos parcos papeles se leyeron sin exacta comprensión o se interpretaron erróneamente.

Por lo pronto resaltaban las confusiones geográficas en que se mezclaba el Paraguay, tierra en donde Iparraguirre nunca estuvo.

En el transcurso americano de la existencia del bardo sólo cuenta una estada breve y sucinta en Buenos Aires —cuestión de meses— y el período uruguayo, dilatado término de veinte años, en que vivió una especie de silencioso y voluntario destierro en el departamento de Soriano convertido el bohemio andariego de Europa en criador de ovejas, sedentario pastor y hombre de campo americano, en permanente lucha con el destino que lo acribillaba —pájaro raro venido de afuera— entre el monte criollo de las armoniosas tierras que baña el Río Negro.

*

Léase ahora, en rápida revista, la existencia de Iparraguirre en el suelo chaná condensado en el menor número de líneas posible el trabajo extenso y pormenorizado en que culminaron mis investigaciones sobre el más oscuro y singular capítulo de la vida del bardo.

En el año 1859, se [illegible] aceptables, Iparraguirre embarcó [illegible] apresuradamente para Buenos Aires [illegible] un tío suyo era maestro de escu[illegible] mismo buque venía de pasaje una joven compatriota suya, nativa de Alegría [illegible] Guipúzcoa, María Angela Querejeta, moza bastante menor que él, de bello porte, blanca, delgada de rostro y de nariz aguileña, con típicas facciones vascas.

En la capital argentina halló el cantor un amigo, antiguo capitán de su compañía en la guerra carlista, Francisco Mendía (conocido en el ejército por el sobrenombre Pachicu), a quien presentó a la señorita Angela como su novia, diciéndole que pensaba casarse en seguida.

Ofrecióse Mendía para apadrinar la boda junto con su señora, y poco después celebróse el matrimonio en la iglesia de San Ignacio, yendo la novel pareja a vivir por breve tiempo en casa de los padrinos.

Llamado Iparraguirre por un primo suyo, el doctor Domingo Ordoñana, que poseía fortuna y extensos campos en Nueva Palmira, acudió a su solicitud mientras Doña Angela quedaba en Buenos Aires.

Proponíase Ordoñana habilitar al primo José María, dándole una majada para cuidar; pero una vez en tratos, frente a frente, surgieron dificultades insalvables.

Con tal motivo, internóse Iparraguirre en el departamento de Soriano, visitando las villas de Dolores y Mercedes.

Las tierras orientales le agradaron desde el primer momento "por ser —conforme lo dirá luego— más pintorescas y sembradas de lomas que le recordaban un poco su tierra de montañas, que siempre le había gustado tanto".

No tardó en relacionarse, captando simpatías por allí, y unos nuevos amigos convinieron en habilitarlo para trabajar en el campo, debiendo ir en seguida en procura de la esposa.

Dispuestas así las cosas, parece que Ordoñana volvió sobre los pasos, e Iparraguirre pobló en el fondo del campo levantando unos ranchos que por muchísimos años conservaron el nombre de Puesto del Trovador, con que Iparraguirre los bautizara.

No eran temperamentos llamados a congeniar, sin embargo, el vate y el hacendado de la Buena Vista.

Sin apego a ninguna tarea, trovador conforme al nombre de los ranchos, el primero, Ordoñana, era un fanático de la "vida práctica", médico que había abandonado su profesión para predicar con el ejemplo las excelencias del arado, la necesidad de refinar los ganados y la obligación de plantar árboles.

[illegible], por su inteligencia, de adaptar a su primo, no habría podido comprenderlo nunca.

Deshecha la sociedad del campo de Casa Blanca sin terminar el plazo, Iparraguirre abandonó el puesto del Trovador en abril de 1861, trasladándose a Montevideo "con una mano atrás y otra adelante" —para usar la misma frase de doña Angela—, y teniendo ya un primogénito.

En la capital uruguaya un tendero compatriota, Martín Díaz, le facilitó dinero para establecerse con el café de Guernikako Arbola.

El nuevo comercio, cuya muestra era el Arbol de Guernika, venía a estar situado en la Plaza Cagancha, con frente al Este, en la rinconada Noroeste y tenía el Nº 285 de la calle 18 de Julio, pues en esa época la numeración corría bordeando la plaza.

Se hizo el café, muy presto, de una clientela de paisanos extensa, pero que consumía más de lo que pagaba.

"Muchos cantos vascos —según acertadas palabras de alguien—, mucha guitarra, mucha, pero en cajón poca plata".

Fundióse al fin, como tenía que fundirse, y cuando el amigo mejicano Arizabal supo en Mercedes que Iparraguirre andaba nuevamente desocupado, mandó por él, para habilitarlo con un puesto en el Rincón de San Ginés, sobre la base de mil ovejas a la cuarta parte de los beneficios.

De nuevo el cantor en el campo; pero ahora también tan poco campero y tan desidioso como siempre.

Si alguien hacía por cuidar un poco era la señora, pero Iparraguirre la interrumpía [illegible]dientemente diciéndole:

—¡Ven Angelita, vamos a cantar!

JOSE MARIA IPARRAGUIRRE.

Retrato hecho en la fotografía Soumastre, de Mercedes, y obsequiado por el insigne bardo al señor Julián Becerro de Bengoa en la misma ciudad el 17 de agosto de 1877.
(Cortesía del Dr. M. Becerro de Bengoa)

Antes de finalizar la habilitación, la majada se componía nada más que de siete ovejas negras...

Las restantes y sus crías se las habían llevado las epidemias y, principalmente los vecinos.

Sin afectarse nada por el desastre, las siete ovejas negras le dieron tema para unos versos en vasco...

La nueva hora de ruina era, no obstante, más dura por el aumento habido en la familia y la dolencia que aquejaba a su jefe.

Enfermo de cuidado, tuvo Iparraguirre necesidad de venir a Mercedes para ser asistido por el doctor Mateo Durañona, que lo llevó a su propia casa.

La vinculación de la primera época nacida al azar entre el vasco músico y poeta y el facultativo argentino continuaba estrecha, deleitando al doctor —cuyos estudios habían sido hechos en Francia— "La Marsellesa" cantada por su amigo con el mismo entusiasmo de "La Marsellesa" de París, en los días revolucionarios del 48.

No se detuvo el noble médico en el solo cuidado del enfermo, sino que, luego de completamente repuesto, lo instaló en su campo de Las Maulas, con un nuevo rebaño para trabajar.

Ubicada la estancia a mitad de camino entre la ciudad de Mercedes y la villa de Dolores, fué ésta la localidad preferida por el puestero, que encontró en la pulpería fonda y cancha de pelota de su conterráneo Carlos Ramospé, dueño de aquel comercio, el principal de Dolores, sitio a gusto para sus expansiones y sus "ruedas".

Subsistía hasta hace poco, en Dolores, la casa primitiva, con su altillo y el milésimo 1843, en la esquina de las antiguas calles Aguila y República.

En el fondo, rodeada de sauces, había una especie de laguna conocida por el charco de los Ramospé.

Era allí donde, en verano, bebiendo rico vino navarro, formábase y crecía en torno de Iparraguirre —alma y centro de ella— una tertulia heterogénea y multicolor, pendiente y como hipnotizada con sus acentos.

Principiaba a juntarse gente con sólo aparecer el alegre vasco, a caballo en el portón de hierro de la cancha.

Desmontado, mientras el pingo marchaba solo por entre una familiar calle de árboles rumbo al pesebre, el jinete estaba ya como en su casa.

Y bajo los sauces o, en invierno, recostado al mostrador, el bardo, sustrayéndose al auditorio parecía deslibrar el corazón, ofreciéndolo entero en sus canciones...

¿Qué cantaba?

—Cantaba de todo — me dijeron don Francisco Olivieri, amigo estimadísimo, y su señora — que muchas veces lo oyeron en Dolores.

Doña María Ramospé de Olivieri vive todavía en nuestra capital, nonagenaria, y conserva memoria luminosa de aquellas escenas.

De todo, sin responder a concierto ni a pedido, zortzicos nativos, canciones napolitanas, coplas del bulevar, aires criollos, y también, perdida la filiación, la música, haciéndose indefinible, "era la música extraña de su vida".

Entonces el canto parecía trasmutarse en un dúo, porque la guitarra también cantaba, alcanzando penetrantes acentos humanos inverosímiles.

Una guitarra de las que ya no se hallan, más bien chica, de brazo largo, alta de caja y fina de cintura, como debió ser la guitarra de Santos Vega.

*

Pero si los pastores virgilianos cantaban "descansados a la sombra de una frondosa haya" sin perder de vista a sus rebaños, nuestro pastor vascuense cantaba despreocupado en absoluto de sus ovejas.

Y por más que hable en una carta de su diaria vida "a caballo en los inmensos y desolados campos", su actividad estuvo lejos de la de un mediocre puestero, y las ovejas de la sociedad con Durañona, picadas de sarna, llenas de abrojos, maltrechas por las prolongadas sequías y mermadas alguna ocasión por avances de soldados revolucionarios o gubernistas, dieron en el mismo desastroso fin que las otras, como no lo tuvieron distinto las que luego se le confiaron por el vascofrancés Ubalde, en el campo de Los Cancheros, costa del arroyo Dacá, inmediato a Mercedes.

En cambio, la prole se acrecentaba, y tenía ocho hijos...

*

Entretanto en su país se le creía muerto y desaparecido para siempre.

Por lo que dice a él mismo, semejaba haber sufrido una crisis de olvido, sustraído a toda su vida anterior por el ambiente y por el tiempo.

Viviendo en el puesto de Ubalde [illegible], casualmente, lo vino a encontrar un paisano suyo, Inspector de Escuelas de Soriano, Julián Becerro de Bengoa, encuentro que luego aparejaría como consecuencia la reanudación de vínculos entre el país vascongado y el inspirado trovador.

A la sombra del rancho, rodeado de muchachos, un hombre cantaba acompañándose con la guitarra.

—¿Es aquí lo de Iparraguirre? — preguntó el recién llegado.

—Casa de un servidor de usted.

—¿Pariente acaso de José María Iparraguirre, el autor del "Guernikako Arbola"?

—José María mismo soy yo...

Desde aquel día puede decirse que principió la campaña para restituir al cantor de las glorias vascas al solar nativo.

Amigos vascos y uruguayos y sociedades regionales de aquí y de la Argentina, lograron reunir hasta mil pesos fuertes para el reimpatrio.

En posesión del subsidio, Iparraguirre, que de meses atrás vivía como ardiendo en ansias de regresar a Vasconia, invadido por nuevo resurrecto amor a sus montañas y a sus Fueros, determinó ponerse en viaje lo antes posible, presa de un real paroxismo de entusiasmo.

Más avejentado que viejo, pues sólo tenía 57 años, encorvado y blanco de canas, la idea del regreso parecía infundirle energías nuevas y sólo quería andar pronto.

De otro modo pensaba su señora, opuesta al viaje, prefiriendo que permaneciera aquí y entre los suyos y entre los amigos.

Vanos empeños.

Partió solo, a fines de 1877, para desembarcar en Burdeos y seguir al país vasco, cuya vista saludó en conmovidas estrofas:

Ara nundiran mendi maiteac...
(Ahí están las queridas montañas...)

Sus provincias lo recibieron con entusiastas muestras de cariño, testimoniándole su viva estima, y algún tiempo después se le otorgó por las Diputaciones una modesta pensión vitalicia.

Pocos años alcanzaría a vivir "en la amada tierra".

Mientras tanto, con esa irresponsabilidad de pájaro que muy acertadamente le atribuye José M. Salaverría, se fué olvidando, poco a poco, de los suyos y de todo lo atinente a Soriano, como otrora se había olvidado de la patria vasca...

Alguna que otra carta a su familia, cada vez más espaciada, y luego noticias indirectas, hasta llegar al 6 de abril de 1881, en que concluyeron sus días.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.